

INCORPORACIÓN DEL ACADÉMICO
DON ALBERTO VARILLAS MONTENEGRO
(Sesión pública del 25 de junio de 2008)

SOCIEDADES Y VELADAS LITERARIAS
EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX PERUANO

Alberto Varillas Montenegro *

1. Presentación

El Perú ha favorecido siempre el establecimiento de organizaciones literarias. Lima lo ha hecho aún más. Si nos remontamos hasta hallar las huellas de los primeros cenáculos literarios de los cuales hoy tenemos referencia, repararíamos en que hace cuatrocientos años, en 1608, en el *Discurso en loor de la poesía*, se elogia la *Academia Antártica* que dirigiera Antonio Falcón y que reunía a cerca de veinte poetas avecindados en la capital del virreinato peruano. No se dispone de material suficiente para asegurar la existencia de una segunda academia limeña que, según Luis Alberto Sánchez, debió haber estado centrada alrededor de la figura de don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, virrey del Perú entre 1810 y 1816, pero teniendo en cuenta la larga lista de escritores que durante aquellos años se reunían en palacio con el ilustrado virrey-poeta, elaborada por Aurelio Miró Quesada, no habría razón para oponerse a esa aseveración. Tampoco habría sólidas razones para negar la existencia de una academia literaria en tiempos del virrey Príncipe de Esquilache (1617-1621), tal como lo sostiene el general Mendiburu en contra de las opiniones de Menéndez y Pelayo y Riva Agüero.

* Discurso de incorporación a la Academia Peruana de la Lengua, como académico de número, en sesión del 25 de junio de 2008.

La primera academia de la cual se tiene referencias puntuales es la que entre 1709 y 1710 patrocinó en Lima el virrey Marqués de Castell-dos-Rius y de cuyas actividades se puede tomar conocimiento mediante las actas que, de sus 23 sesiones, ordenó preparar antes de su fallecimiento. Entre quienes participaban en las reuniones de esta academia se encontraba el Marqués de Casa Calderón quien, luego del fallecimiento del virrey, promovió la creación de una *Academia de Matemáticas y Elocuencia* que presidió por un tiempo el ilustre Pedro de Peralta y Barnuevo. Sin la menor duda, en aquellos años estas instituciones como éstas no escaseaban: cuando menos hay referencias de que en la primera parte del siglo XVIII don Lorenzo Antonio de la Puente y Larrea organizó una *academia literaria* en su domicilio, que Domingo y Manuela de Orrantía reunían a un cenáculo similar en el suyo y se sospecha que, con idénticos propósitos, el virrey Teodoro de Croix congregaba a otro grupo en el palacio virreinal.

A fines del siglo XVIII, en 1787, se constituye la *Academia Filarmónica*, germen de la futura *Sociedad Académica de Amantes del País* en la cual se genera el importante *Mercurio Peruano*, y que Francisco Antonio Cabello y Mesa, más conocido entre nosotros como Jaime de Bausate y Mesa, crea, para que patrocine el *Diario de Lima*, una *Asamblea Literaria* o *Junta Erudita*, a la cual alude también como *Sociedad Filopónica* o *Filopolita*, que sospechamos que nunca se llegó a materializar.

Por último, José Manuel Valdez y Palacios menciona una sociedad literaria que se formó en Lima en tiempos de Abascal y que reconoció como presidente al propio virrey.

No fue pequeño, pues, entre los peruanos, el interés por este tipo de asociaciones o salones literarios durante los doscientos años de vida virreinal a los cuales se ha pasado rápida revista. Tarea bastante más difícil sería, sin embargo, determinar la importancia efectiva que cada una de ellas llegó a tener.

Independizado el Perú, el interés por este tipo de asociaciones decrece pues otras preocupaciones atraían el interés de los hombres cultos de aquellos años. Si bien subsistía el interés por lo literario, la

preocupación ciudadana aparecía centrada en la libertad, el derecho, la razón. Por eso, la primera de las asociaciones literarias que aparece en el Perú republicano, la *Academia Lauretana de Ciencias y Artes de Arequipa*, constituida en 1821, pronto se tendría que enfrentar con las autoridades religiosas y civiles de la ciudad llegándose a la vía de los hechos cuando, según refiere Eusebio Quiroz, "...el Cabildo en masa interceptó el paso de los académicos impidiéndoles el ingreso al templo de la Compañía, donde iban a conmemorar la fundación de la Academia."

Para finalizar este recuento podría mencionarse aquí a la *Sociedad Patriótica*, creada por San Martín y Monteagudo como *establecimiento literario*, pero que terminó abocada al estudio del régimen político peruano.

2. Antecedentes republicanos

Durante los primeros veinticinco años de su vida independiente, la conducción del Perú no fue fácil. En rigor, su conducción fue francamente difícil. La inestabilidad política y social del nuevo Estado se reflejó tanto en el quehacer literario (pues el volumen de la producción se mostraba escaso y, con un par de excepciones, su calidad no era la norma general) cuanto en el periodismo político ya que, a la inversa, las publicaciones con pretensión de periódicas y con esa inclinación, aumentaban en número y crecían en agresividad.

Superando altibajos, la compleja situación que se produce a raíz de la reincorporación de Bolívar a la Gran Colombia, se mantiene hasta que el general Castilla, en 1846, asume la presidencia de la república para la cual lo elige el Congreso.

2.1. Las primeras sociedades

Desde fecha muy cercana a la mitad del siglo XIX ya es posible advertir que entre los limeños, en especial entre escritores y periodistas jóvenes, había aparecido una cierta vocación por reunirse en agrupaciones

que se autodenominaban *literarias*, aunque la variedad de las actividades que desarrollaban era infinitamente mayor de modo tal que, en algunas ocasiones, lo propiamente literario quedaba al margen de su accionar. Este interés o vocación tenía dos motivaciones: la primera, obtener provecho de las ventajas que pudieran derivarse de su misma existencia, es decir, facilitar el intercambio de opiniones sobre temas de actualidad que, en rigor, debían ser literarios; la segunda, seguir el modelo de los salones europeos, que en la América hispánica ya habían comenzado a establecerse en la cuenca del Plata y en Chile. Una reseña de algunos de los salones bonaerenses fue presentada por Graciela Batticuore hace pocos años; de los salones chilenos se ocupa Ricardo Palma en 1861, desde su destierro en Valparaíso, al prologar *Alberto el Jugador*, novela de la poetisa chilena Rosario Orrego de Uribe. Palma formula consideraciones que, así tengan un carácter bastante general, atestiguan la claridad de su posición, que debe haber sido común a muchos escritores y artistas de aquellos años:

“Las asociaciones literarias han dado siempre origen a las revelaciones del talento y servido de estímulo a ingenios que sin ellas no se habrían lanzado a cultivar el bello campo de las letras; terreno doblemente ingrato en América, donde es sabido que la literatura ofrece gran copia de sinsabores y ningún provecho. Solo un sentimiento de nacionalismo, el entusiasmo que inspira el amor a lo bello, y el anhelo de buscar tregua a las tormentas del tráfico de la vida abstrayendo el espíritu en el espacio de la idealidad, pueden ser los móviles que ponen la pluma en manos del escritor obligándolo a sacudir la apatía e indolencia, para desempeñar una misión en la que muchos son los llamados y pocos los escogidos. [...] La Sociedad de *Amigos de la Ilustración* recibió con entusiasmo el romance, y para cumplir la misión que se ha impuesto de premiar el verdadero mérito y estimular el cultivo de las letras, ha ordenado la publicación del presente volumen.”

Pero volvamos a lo que ocurría en el Perú. Frente a las asociaciones literarias (o sociedades o clubes, pues su nombre varía), había en nuestro país un sentimiento muy similar al argentino o chileno. Al comentar el

establecimiento de la *Academia peruana de ciencias y letras*, un diario limeño lo enfatiza: “El espíritu de asociaciones se va desarrollando entre nosotros de una manera prodigiosa.” Años después, al referirse al constante progreso que durante su proceso de organización mostraba la *Sociedad de Amantes del Saber*, *El Nacional* reflexiona sobre el mismo asunto:

“El espíritu de asociación, que es el verdadero elemento de progreso de los pueblos, empieza a desarrollarse entre nosotros en proporciones tales que hace esperar de próximo un resultado provechoso para el país.

Y *El Comercio*, al ocuparse de una posible reestructuración de la sociedad *Amigos de las Letras*, es aún más explícito a propósito del futuro *Club Literario*:

“Los centros de reunión son en todos los países estímulos poderosos para desarrollar el instinto de la sociabilidad. Cuanto más cerca estén los hombres unos de otros, cuanto más íntimo es el contacto de las ideas y los sentimientos, la sociedad recibe nuevos empujes que la encaminan a la civilización.”

Por último, en años más cercanos a la Guerra del Pacífico, los interesados en promover el quehacer literario nacional reparaban en que la nueva literatura peruana se encontraba decayendo y proponían públicamente, como mecanismo para revertir la situación, que se promoviera el establecimiento de sociedades literarias. Así lo expone, por ejemplo, Rosa Mercedes Riglos de Orbegoso (1820-1891) con una sugerencia simple: “...unámonos en asociaciones como la presente donde el estudio de importantes y grandiosos asuntos literarios, elevando nuestras ideas, despierte el entusiasmo...”. Algunos años después, José Antonio Felices (1855-¿?) es aún más claro cuando advierte la postración de la literatura peruana posterior a la guerra y sugiere correctivos:

“La falta casi absoluta de Sociedades Literarias, es la segunda poderosa causa a que nos referimos para producir el mal que, aunque con tan escasas fuerzas, y guiados únicamente por nuestro acendrado amor a las letras, nos proponemos combatir.”

Las sociedades literarias también tenían detractores. A los años anteriores a la Guerra del Pacífico corresponde el siguiente comentario emitido a raíz de la decisión adoptada por la sociedad de *Amigos de las letras* de modificar su estructura para convertirse en el *Club literario*:

“Los clubs, [sic] esas asociaciones modernas que constituyen cuerpos colegiados, solo han tenido entre nosotros dos caracteres: *como reuniones políticas en las turbulentas épocas eleccionarias, y como reuniones de mera distracción*. El fin de las letras, el fin de instruirse, no ha existido en ninguna de las que se hallan establecidas en la capital. La sociedad “Amiga [sic] de las Letras” que ha comprendido las inmensas ventajas que se reporta en esas tertulias literarias, que llamando a los jóvenes a su centro, les evita que se echen en brazos de placeres inmoderados y nocivos a la salud moral ó física, ha resuelto llevar a cabo el establecimiento de un “Club Literario”. [El subrayado es nuestro].

Frente a las asociaciones literarias peruanas que surgen en la segunda mitad del siglo XIX hay, pues, tres posiciones distintas: es la primera la de quienes juzgan que deben apoyarse puesto que son elementos que estimulan en los escritores —en especial, en los jóvenes— la creación y los induce a reunirse para intercambiar conocimientos y opiniones relacionadas con el quehacer literario; la segunda es la de quienes estiman que son irrelevantes por cuanto solo sirven para reunirse a conversar, y la tercera la de quienes juzgan que su propósito encubierto es básicamente electorero y que, por lo tanto, son nocivas para la sociedad. Es posible que en su época las tres posiciones indicadas hayan tenido, en parte, algo de razón.

2.2. Establecimiento de sociedades y veladas literarias

De acuerdo con lo que de su nombre se desprende, las sociedades literarias son el fruto del esfuerzo de un grupo de personas mientras que las veladas lo son de un esfuerzo individual. Del primer grupo, es buen ejemplo el *Círculo Literario* en tanto que se conoce quién lo promovió y el lugar y la oportunidad en el cual fue fundado. Del segundo grupo,

son las veladas organizadas por Juana Manuela Gorriti a partir de 1876, las de Clorinda Matto de Turner desde 1887 y, aún más adelante, las convocadas por Angélica Palma.

No hay razón para creer que los gestores de las sociedades literarias fueron siempre los más conspicuos hombres de letras de su momento. En realidad, quienes aparecen como organizadores de estas instituciones son más bien entusiastas escritores de segunda línea y periodistas: sin embargo, una vez constituida la institución, algunos literatos de cierto nivel suelen adherirse y, debido a sus méritos personales, a la postre asumen si no el control de la entidad, el prestigio que les confería ocupar en ellas alguno de los cargos directivos.

A diferencia de lo que ocurre con las veladas, cuya subsistencia está en íntima relación con la voluntad de los anfitriones, las sociedades literarias desaparecen con más frecuencia por transformación. La *Sociedad de Amigos de las Letras* desaparece para dar paso al *Club Literario* y éste al *Ateneo de Lima*; después de la guerra del Pacífico, el *Círculo Literario* se transforma en *Unión Nacional*.

Finalmente, es posible advertir que estas organizaciones desaparecen cuando en el grupo promotor o en el que lo sucede decae el interés inicial. La *Sociedad de Amigos de las Letras*, después de una década larga como *Club Literario* y ya transformada en *Ateneo de Lima*, desaparece como consecuencia del envejecimiento y muerte de sus integrantes; el *Círculo Literario*, convertido en *Unión Nacional*, cesa como consecuencia del largo y desconcertante viaje de González Prada a Francia; la *Academia Lauretana* en Arequipa sobrevive hasta que se ve privada de la única actividad que aún llevaba a cabo, meramente administrativa, que era la organización de los programas de práctica profesional para los candidatos a graduarse de abogados.

Quizás, en términos de Ortega y Gasset, estas instituciones desaparecen sin mayor dificultad en momentos en que dejan de tener vigencia.

2.3. Actividades de las asociaciones literarias

Para estudiar las actividades de las asociaciones literarias existen tres fuentes. La primera y más importante es la documentación interna propia de la institución, es decir, su reglamento y sus actas. Aparentemente, todas las sociedades literarias contaron con un reglamento aunque el seguimiento del *Club Literario* produce la impresión de que, en realidad, se encontraba regulado por un exceso de normas.

La mayor parte de las sociedades literarias llevaron actas. Sin embargo, solo se sabe con certeza que existen las de la *Academia Peruana* de 1867, hoy extraviadas, pero que fueron de propiedad, hasta su fallecimiento, de don Augusto Tamayo Vargas, recordado presidente de la *Academia Peruana de la Lengua*. Es posible que documentos similares se encuentren refundidos en alguna biblioteca particular o pública en espera de su rescate.

Documento valioso es, también, el recuento de las actividades de las veladas: en este caso se dispone de un grueso volumen que relata lo acontecido en las diez veladas convocadas por Juana Manuela Gorriti entre junio y setiembre de 1876. No hubo documento similar que correspondiera a las veladas organizadas por Clorinda Matto de Turner a fines de la década de 1880, pero es posible reconstruir parte de sus reuniones mediante las referencias que de ellas hace Angélica Palma quien, de niña, concurreó a algunas acompañando a su padre, el ilustre tradicionista.

La segunda fuente para el estudio de sociedades y veladas literarias son los diarios y revistas de la capital. Por sus columnas nos enteramos de la crónica frívola de las veladas, en especial de su larga duración, pues comenzaban a las ocho de la noche y, entre números musicales, canto, lectura de poemas y debate sobre algunos trabajos presentados, podían durar hasta las cuatro de la madrugada. Es una fuente caracterizada por su inmediatez con respecto a los hechos que relata, aunque su confiabilidad se encuentra distorsionada por la excesiva simpatía que, hacia ellas, tuvo el periodismo.

La tercera fuente no es merecedora de especial confianza pues se refiere a los comentarios formulados por quienes se han ocupado de la época, aunque se ignora si sus opiniones provienen de la tradición oral o son fruto de la imaginación. No hay historia de la literatura de la época que no aluda a las veladas de las señoras Gorriti o Matto, pero todas las referencias corresponden a los aspectos frívolos de las mismas y es poco frecuente encontrar referencias concretas a los asuntos literarios que en ellas se debatían.

Antes de mencionar las más importantes sociedades literarias de la segunda mitad del siglo XIX, es necesario advertir que los trabajos que en ellas se presentan y las actividades que desarrollan están estrechamente vinculadas al tono declamatorio propio de la época, lo que conduce a reconocer que su influencia en el desarrollo de la literatura puede no haber sido tan importante como sus integrantes esperaban ni, mucho menos, como los periodistas que asistían a ellas hubieran deseado.

3. Sociedades literarias y veladas literarias a partir de 1850

Las consideraciones formuladas anteriormente nos obligan a precisar ahora cuál fue la labor que efectivamente llevaban a cabo las asociaciones o sociedades literarias aparecidas en el horizonte cultural peruano pasada la primera mitad del siglo XIX y a ponderar su importancia. En primer lugar, en un medio tan limitado como el limeño, la existencia simultánea de varias asociaciones de carácter literario durante la década de 1870 obliga a suponer que en la mayoría de los casos los integrantes de estas instituciones eran los mismos y que, por ende, sus reuniones deben haber tenido contenido similar y deben haber distado de ser masivas. Pero es necesario destacar que si bien el aporte de sociedades y veladas al desarrollo de lo literario es de una importancia solo relativa, es un claro testimonio del interés que existía en el Perú por la actividad cultural en un sentido muy amplio, aunque éste no siempre coincidiera con lo rigurosamente literario. Lo dicho pareciera determinante para que los integrantes de la denominada Escuela Romántica Peruana, quienes se encontraban confundidos pues su vocación los conducía a la euforia

de una época que ya había pasado y lo anacrónico de su aparición los acercaba al rigor parnasiano, optaran, ya llegado el momento de su predominio generacional, por comenzar a reunirse para tratar de temas de cierto relieve y, así, constituyen la *Sociedad de Amigos de las Letras*.

3.1. La tertulia de don Miguel del Carpio (1846-1850)

En razón de su importancia relativa, podemos limitarnos a solo una mención a la primera tertulia literaria posterior a 1850 de la que se tiene información precisa, la de don Miguel del Carpio (1795-1769), de la que da cuenta Palma en *La bohemia de mi tiempo*.

Sabido es, sin embargo, que anterior a la de del Carpio fue la tertulia que promovió en su residencia doña Manuela Días de Rábago y Avella-Fuertes de Riglos (+1842), aunque de ella se carece de información adicional.

3.2. La *Sociedad de Amigos de las Letras* (1866)

La *Sociedad de Amigos de las Letras* se establece en 1866 y de la regularidad con que sesiona durante casi una década dan cuenta periódicamente *El Nacional* y *El Comercio*. Fueron sus fundadores Cesáreo Chacaltana, Juan Norberto Eléspuru, Félix Cipriano Coronel Zegarra, Luis Benjamín Cisneros, Ricardo Heredia, Natalio Irigoyen y Enrique Ramos. Con excepción de Cisneros, dramaturgo, novelista y poeta, y de Coronel Zegarra, historiador y, en particular, historiador de la literatura peruana, ninguno de sus promotores —cuyas calidades personales no están en debate— tiene una relación especialmente estrecha con la creación literaria.

Para llevar a cabo sus reuniones, la *Sociedad* siempre dispuso de un local especial: primero, en el domicilio de Coronel Zegarra, quien seguramente fue uno de los más entusiastas entre sus promotores; luego, la Universidad de San Marcos le reservó un local; tiempo después ocupó un salón asignado por el Senado.

El 13 de junio de 1868, la *Sociedad* presentó el primer fascículo del primer tomo de sus *Anales*, en el que aparece un trabajo de Coronel Zegarra sobre *La Eneida y la Jerusalén Libertada*, lo que puede dar una idea de los temas que interesaban a sus integrantes. Por eso hoy, casi ciento cuarenta años después, resulte pertinente recordar el juicio que sobre las publicaciones de la *Sociedad* y de su sucesor, el Club *Literario*, formula Sánchez:

“En los *Anales de la Sociedad Amigos de las Letras* se insertaron artículos y poesías de muy diverso calibre como, por ejemplo, las rimas del Presbítero Quiroga, de Molestina, de Yañez y de Terrazas, todos ellos, salvo el segundo, de ningún renombre literario. Tampoco brillan por su fineza formal los comentarios sobre Asilo Diplomático de Irigoyen, etc.”

Es posible que, por aquel tiempo, no todos los integrantes de la *Sociedad* ya hubieran comenzado a percibir que la institución estaba perdiendo actualidad y que se encontraba en un proceso de aletargamiento, aunque sin duda la mayoría de sus integrantes favorecía un cambio que la sacara de su estado de postración. Por eso, en sesión de 22 de junio, acogiendo una propuesta de su presidente José Simeón Tejeda, la antigua *Sociedad* opta por transformarse en el *Club Literario*, del cual nos ocuparemos más adelante.

Antes de centrar nuestra atención en el Club, es necesario dejar expresa constancia de que fueron autoridades de la *Sociedad* personas de indudable importancia dentro del mundo social y político —y hasta cultural— peruano de aquel entonces, pero sin mayor relieve dentro del ámbito de lo rigurosamente literario. Por eso es que muchos de los trabajos que se someten a debate, salvo algunos de Larrabure y Unánue y Rossel, se encuentran más cerca de distintos aspectos jurídicos de la problemática peruana de entonces que de la literatura y, por ello, las actividades que desarrolla la *Sociedad* se limitan a proporcionar un valor testimonial de la inquietud de sus entusiastas integrantes.

(Debido a las limitaciones que impone el tiempo, nos vemos obligados a omitir consideraciones mayores sobre la labor que llevaron a cabo otras instituciones similares, como la *Academia Peruana de Ciencias y Bellas Letras* (1867), la *Sociedad de Amantes de la literatura* (1871), la *Bohemia Literaria* (¿1872?), la *Sociedad Amantes del Saber* (1874) y el *Club Talía* (1878), que forman parte de un trabajo más extenso actualmente en preparación).

3.3. El *Club Literario* (1871)

Tal como queda dicho, desde principios de 1871 —y quizás desde antes— la *Sociedad de Amigos de las Letras* acreditaba cierto anquilosamiento. A principios de aquel año se había pensado transformarla en *Club*, pero se acordó diferir una resolución sobre la propuesta en tanto no mejorara la situación de la *Sociedad*. Finalmente, en junio del mismo año, la institución opta por convertirse en *Club Literario* y, como tal, se inaugura el 22 de julio de 1871. Es así como aparece la sociedad auténticamente literaria de más larga vida del siglo XIX peruano.

En realidad, el *Club* forma parte de una cadena de instituciones cuyas actividades se desarrollan como *Sociedad de Amigos de las Letras* entre 1863 y 1871; como *Club Literario* propiamente dicho entre 1871 y 1879 y de agosto a noviembre de 1885; y, como se verá más adelante, como *Ateneo de Lima*, desde entonces y hasta avanzado el siglo XX.

La importancia del *Club Literario* —en realidad, de esta serie de instituciones— no deriva únicamente de su duración sino del número de sus publicaciones. La *Sociedad de Amigos de las letras* publica sus *Anales* en 1868; la Sección Literatura del *Club Literario* hace lo propio con los suyos en 1873-1874 y en 1875-1876; por último, el *Ateneo de Lima* ofrece su importante revista desde 1886 hasta cuando menos 1906. Por diferentes razones, no todas estas publicaciones son de dominio público.

Conformaban el *Club* cuatro secciones: historia, geografía y arqueología del Perú; economía y finanzas; ingeniería y, por último, literatura. De ellas, ésta última fue la que tuvo mayor vigencia y en ello

cupo un mérito especial a Luis Benjamín Cisneros. Vuelto de Europa después de haber publicado sus novelas *Julia* y *Ernesto*, el autor de *De libres alas* se había incorporado con entusiasmo a la vida cultural peruana: forma parte de la *Sociedad de amigos de las letras*; se cuenta entre los fundadores del *Club Literario*, donde es elegido Presidente de la Sección de Literatura; prepara el Reglamento de la Sección, que ésta aprueba, y, haciendo gala de una importante capacidad de convocatoria, asigna responsabilidades concretas a todos sus integrantes. La Sección de Literatura estaba dividida, para los efectos del trabajo que le era propio, en seis grupos: Literatura nacional hasta 1820; Literatura Nacional desde 1820; Literatura de la América Latina; Literatura española; Literatura de otros países de Europa, de Estados Unidos y Oriental y, finalmente, Literatura Clásica. Y a todas las secciones Cisneros, su enérgico presidente, asignó responsabilidades.

Todos los escritores importantes de la época formaron parte de la Sección de Literatura del *Club*; sin embargo, de los treinta y dos cuya relación se publica en 1873, hay nueve cuya obra literaria, si es que la tuvieron, debe haber sido muy limitada. El grupo de trabajo sobre la literatura peruana del virreinato estuvo integrado por José Casimiro Ulloa, Ricardo Palma y Eugenio Larrabure y Unánue; el grupo de literatura republicana por Pedro A. Varela, Domingo de Vivero y el mencionado Larrabure, quien era al mismo tiempo el Secretario del *Club*. Es decir, se encontraba muy comprometido con las actividades institucionales.

Al inaugurar los trabajos de la Sección de Literatura, su presidente, Cisneros, define muy bien tanto los propósitos del *Club* cuanto los de la Sección:

“El Club Literario es una institución libre y privada, que llama a su seno a hombres de todas las escuelas, de todas las doctrinas y de todos los gustos literarios. Este es el principio que viene sosteniéndolo al través de todas sus vicisitudes, y este será sin duda el principio de su futura prosperidad. No tenemos la pretensión de ser una academia ni investimos carácter oficial alguno; nuestra esfera de acción es la de una asociación privada que no trata de

imponer ciertas ideas sino que, sin otras aspiraciones que las de desarrollar la afición por las ciencias y las artes, convoca a todos los que quieran emitir sus ideas y contribuir al adelanto intelectual de nuestro país.”

Los primeros meses de vida del *Club literario*, que cubren desde su establecimiento hasta fines de 1872, fueron sumamente difíciles, tanto como lo fueron para todo el país. Durante ellos se desarrolla la intensa campaña política orientada a las elecciones nacionales de 1872, que concluye con el vil asesinato del presidente Balta.

Por todo ello, no hay duda de que las actividades del naciente *Club literario* no deben haberse realizado con el entusiasmo que sus organizadores se habían propuesto, aunque se carece de información precisa sobre este detalle puesto que el gobierno optó por clausurar *El Comercio* y *El Nacional*, diarios que constituían la mejor fuente de información posible para el seguimiento del *Club*. Pese a ello, es evidente que la labor desarrollada por la joven institución se hacía merecedora del reconocimiento público y así lo proclama *El Correo del Perú*, año y medio después de su fundación, al comentar una de sus sesiones:

“A pesar de todos los obstáculos que este género de asociaciones encuentra en países nuevos para el desarrollo intelectual y gastados por la política, el trabajo [del Club] ha triunfado de la indolencia, el entusiasmo del indiferentismo y la obra comienza a presentarse en pleno vigor augurando los más felices resultados y, como dice uno de los periódicos de esta semana, “*Felizmente el primer paso está dado y anoche se ha comenzado a ver uno de sus primeros frutos.*”

Sin limitar el mérito de Cisneros, quizás siglo y medio después podamos estimar que el rigor de la reglamentación aprobada fue excesivo: la innecesaria división de las actividades de la Sección en grupos distintos, los requisitos establecidos para que cada socio pudiera participar en las actividades de cada sección, la asignación a cada asociado de tareas de obligatorio cumplimiento, etc. Es muy posible que algunos de los asociados hayan resultado víctimas de una carga de trabajo abrumadora y

que ello haya limitado su posibilidad de cumplir con rigor con las tareas asignadas.

Pero del buen resultado de las actividades de primera parte de la vida del Club es el mejor testimonio la publicación, en casi 140 páginas, de los *Anales de la sección de literatura* aparecido en 1874, en el cual se recoge un total de 12 trabajos en prosa y verso. Una somera revisión del primer volumen de los *Anales* es útil para determinar qué es lo que interesaba a los escritores peruanos de entonces: hay una tradición de Palma, artículos de Ricardo Rossel y Vicente Holguín sobre Bretón de los Herreros y Camoes, respectivamente, dos ensayos de Larrabure y Unánue sobre la importancia de los estudios biográficos, una disertación de Guillermo Seoane sobre el origen del teatro francés y, por último, seis composiciones en verso. Sin embargo, con prescindencia de la calidad de su contenido, el primer número de los *Anales* no recoge material moderno y pese a que buena parte de los colaboradores conocía el francés, no aparece consideración alguna sobre el *Parnaso contemporáneo* de Theophile Gautier (cuyas primeras dos recopilaciones habían aparecido en 1866 y 1871), pese a que González Prada, el gran seguidor peruano del *Parnaso*, venía publicando sus primeros rondeles en *El Correo del Perú* desde setiembre de 1871. El segundo número de los *Anales*, que corresponde al período 1875-1876, aparece en marzo de 1876 y contiene trabajos de Ricardo Palma, Ricardo Rossel, Juana Manuela Gorriti, Carolina Freyre de Jaimes, Numa Pompilio Llona y Acisclo Villarán.

El sentimiento local debe haber sido muy favorable al Club si nos atenemos a la forma en que comenta una de sus actividades la más importante revista de entonces:

“La conferencia del miércoles ha venido a probarnos que, a pesar de la falta de estímulos, hay en el Perú vida literaria y que el mercantilismo y la política no absorben [sic] toda la actividad de los espíritus.”

El reconocimiento público del Club se materializa cuando, a principios de 1877, el gobierno le asigna parte del local del antiguo Archivo Nacional.

A partir de 1875, las más distinguidas escritoras radicadas en Lima comenzaron a ofrecer conferencias en el *Club*. La primera en ocupar el podio fue Juana Manuela Gorriti; una conferencia que es necesario destacar es la de Carolina Freyre de Jaimes sobre Flora Tristán, el 14 de julio de 1875, puesto que, así pareciera que carece de suficiente intuición para valorar el verdadero significado de las *Peregrinaciones de una paria*, tiene el mérito de ofrecerla cuando las obras de la conocida luchadora social peruana aún no se habían traducido al castellano.

El *Club Literario* es merecedor de un reconocimiento especial por el interés que muestra por la literatura peruana. Refiere en el artículo 8° del Reglamento de la Sección de Literatura que uno de sus propósitos es “...coleccionar con esmero y dar a conocer las obras y biografías de los escritores nacionales anteriores a 1820 a fin de preparar los elementos necesarios para escribir más tarde la historia de la Literatura Nacional.” Y, así como diez años antes Manuel Nicolás Corpancho había pedido el apoyo estatal para el quechua, Cisneros, al preparar el reglamento de la Sección, pide que en la historia de la literatura nuestra “...se comprenda lo que se conserva del tiempo de los Incas.” Pese a ello, también es necesario reconocer que el imaginario local consideraba al *Club* como una institución conservadora y que es posible que ello haya generado en Juana Manuela Gorriti el interés en constituir algo menos serio y más literario, tal como fueron las veladas que inaugura en su domicilio en 1876.

3.4. Las Veladas Literarias de Juana Manuela Gorriti. (1876)

A mediados de 1876, un importante grupo de escritores y periodistas residentes en Lima recibió la siguiente invitación:

“Voy a inaugurar en casa una reunión literaria donde se leerán las producciones nuevas.

Heme visto en este compromiso por la habladuría de los cronistas. Un día, en una conversación con uno de ellos, dije que yo deseaba crear una sucursal del Club Literario.

Al día siguiente, todos los periódicos hablaban de la *soirée* literaria que la señora Gorriti iba a establecer, y que tendría lugar los miércoles en sus salones.

Y todo esto es pura invención de ellos, porque nada había yo dicho y no tengo sino una salita contigua al salón de clases, donde no hay sino bancos y pizarras, mapas y pupitres.

Pero ello habrá de ser, pues no estaría bien desmentir a estos señores que son todos amigos.”

En esos términos convocó Juana Manuela Gorriti a la primera de las veladas literarias que organizó en su domicilio en la capital peruana. Para entonces, la Gorriti tenía alrededor de treinta años de residencia intermitente en el Perú, en medio de separaciones y reconciliaciones sentimentales con dos presidentes bolivianos, Manuel Isidoro Belzú y José Ballivián, y había fijado su residencia en Lima, donde regentaba una escuela. Después de que Belzú fuera asesinado por Melgarejo, doña Juana Manuela torna una vez más al Perú y se dedica de lleno a la literatura y al periodismo. Por aquellos años, la Gorriti era muy popular en el ambiente literario y periodístico peruano ya que desde antes de 1850, en que *El Comercio* recoge como folletín su novela *La Quena*, había llevado a la imprenta varias otras obras más. “*La Gorriti*, dice Palma, sin escribir versos era una organización altamente poética. Los bohemios la tratábamos con la misma llaneza que a un compañero y su casa era para nosotros un centro de reunión.” En los tiempos en que se inician las veladas, la Gorriti escribía en cuanto diario y revista se publicaba en Lima y ya había fundado *El Álbum* (1874) y *La Alborada* (1874-1875).

Hoy es relativamente fácil reconstruir alguna de las veladas: al efecto contamos con dos narraciones muy cercanas a ellas y con las actas de diez de las llevadas a cabo en 1876-1877. La primera pertenece a Angélica Palma (1878-1935) quien, por razones cronológicas no pudo asistir a ellas pero que pudo disponer de la versión de su padre, don Ricardo, que tomó parte activa en varias; la segunda es de Abelardo Gamarra ‘*El Tunante*’ (1852-1824), quien sí fue asistente a ellas. Refiere Angélica Palma que:

“...la imaginación, en caprichosa alianza con el vago recuerdo de relatos oídos en la niñez, les da por escenario una sala espaciosa, de esas de antiguo caserón de Lima, con muros sólidos y elevado techo; [...] colocado al centro de las paredes, un Erard o un Pleyel mostraría su teclado marfileño; [...] la alfombra sería enteriza y floreada; sofás y sillones de esos de medallón, con respaldo y brazos protegidos por adornos tejidos al *crochet*, y no faltaría la indispensable mesa de centro, rodeada de sillitas ligeras y soportando en su tablero el peso de un álbum enconchado repleto de retratos.”

La evocación idílica de Angélica, fruto del vago recuerdo de relatos escuchados en su niñez, se ve contradicha por la versión abrumadoramente realista de Gamarra, habitual concurrente, quien nos facilita el ingreso a la casa de doña Juana Manuela para participar de cualquiera de las veladas, según refiere Graciela Batticuore:

“Mezcla de salón, escuela y dirección de semanarios femeninos [...] La casa de esta mujer profesional, separada de su esposo y madre de hijos “ilegítimos”, no responde al modelo de la familia patriarcal pero abre paso al imaginario irresistible y eficaz de la escritora romántica.”

Gran cantidad de asistentes abarrotaba las instalaciones: utilizando diversas fuentes, se ha logrado identificar a más de 80 personas (46 hombres y 35 mujeres) que llegaron a participar cuando menos en una de las veladas en las que la dueña de casa las atendía con ‘*dos o tres copitas de jerez*’. Abelardo Gamarra presenta una visión muy diferente a la de Angélica Palma. “*Las veladas tenían tres partes*”, recuerda Gamarra:

“...de nueve a once, las señoras en un salón y los caballeros en otro, departían a su sabor y tijejeteaban a su gusto; de once a una se ejecutaba el programa, caballeros y señoras en un solo salón; de una a dos se retiraban los que temían constiparse, y de dos en adelante, como después de las topadas de gallos suelen venir las jugadas de chuscos, daban principio las chuscadas, las poesías

del género epigramático, las anécdotas picarescas, las letrillas, las improvisaciones, las diabluras del ingenio.

Era la golosina de la tertulia, y la señora Gorriti, que en la primera parte había sido la señora de la casa, la gran señora por sus maneras, comedimientos y atención y en la segunda se mostraba la literata de fuste, la escritora de vastísima ilustración, era en la última parte la musa tentadora de las mataperradas, la reina de la gracia, la espiritual decidora de las agudezas inimitables.

Cuando la conversadora ocupaba el centro o se sentaba a la oriental en alguno de los ricos almohadones, pidiendo la palabra, hombres y mujeres se agrupaban en torno suyo a reír y a elogiar, a prenderse de su talento y a olvidarse de los pesares de la vida”.

Y algún estudioso de la Gorriti recuerda el momento en que otro de los asistentes, Acisclo Villarán, recita la copla pícaro que aseguró haber escuchado en momentos en que llegaba a la velada:

“Una mujer que a los treinta
no tiene novio,
ya puede echarle llave
a su escritorio.”

Y, aunque no es propósito nuestro exacerbar la curiosidad de los presentes y posibles lectores, es preferible en esta oportunidad omitir, por su tono subido, el retruécano con que la anfitriona devuelve la picardía al satírico limeño.

Como se cuenta con una reseña de las veladas que organizó la Gorriti, es fácil reconstruir lo que en ellas ocurría. Cada una comenzaba con una pieza musical ejecutada en piano; entre los ocho o diez números que seguían, se intercalaban no menos de cuatro composiciones musicales, con o sin canto; en las reuniones no faltaba la lectura de tradiciones de Palma o leyendas de la Gorriti o Mercedes Cabello de Carbonera; se recitaba poesías de tono lírico, composiciones epigramáticas y festivas

y charadas de los poetas asistentes. Importantes fueron, también, los ensayos relacionados con el yaraví.

El gran valor de las veladas radica en los ensayos relacionados con la mujer a los que daban lectura tanto caballeros cuanto damas: *La educación social de la mujer*, por Abel de la E. Delgado; *Condición de la mujer y el niño en Estados Unidos*, por Arnaldo Márquez; *La instrucción de la mujer*, por Mercedes Eléspuru y Lazo; *Trabajo para la mujer*, por Teresa González de Fanning; *Enseñanza superior de la mujer*, por Benicio Álamos González, etc.

Pero la impresión general que dejan estas Veladas Literarias debe centrarse en dos puntos: primero, que la participación de escritoras exponiendo sobre temas de enorme actualidad para su tiempo confirma el importante desarrollo que en aquella década tuvieron escritoras y periodistas; segundo, que el interés por lo moderno proporciona a las veladas una connotación de avanzada que en algunos aspectos supera al del contemporáneo *Club Literario*.

3.5. El final de una época

En la década de 1870, mientras el manejo político se tornaba cada vez más complicado, la intelectualidad peruana había pasado por momentos favorables como no había tenido el país durante los años anteriores de su vida independiente. La situación, y el dramático cambio ocurrido hacia el final de la década, ha sido resumida por Sánchez con dramatismo:

“En realidad, pocas épocas como aquéllas para destacar a los escritores. Los románticos pudieron jactarse de haber reconquistado el reino de la inteligencia. Se caminaba hacia un renacimiento cultural peruano en todos los órdenes (poesía lírica, poesía festiva, tradición, historia erudita, teatro, filología, folklore) cuando estalló la guerra del Pacífico. Hubo que mudar de voz.”

Desde que la escuadra chilena inicia el bloqueo de la costa y el bombardeo de algunos puertos indefensos, la vida peruana cambia

abruptamente. La situación producida gravita de manera tremenda en la vida cultural peruana, tal como lo describe Carlos Paz Soldán en 1880, en momentos de informar a los suscriptores de la inevitable suspensión de las apariciones de la *Revista Peruana*:

“En las actuales circunstancias todos los peruanos pensamos, casi exclusivamente (sic), en los sucesos de la inicu y mercantil guerra provocada por la siempre pérfida Chile: nuestros colaboradores no pueden concentrarse a estudios serios y propios de la época de la paz; algunos creen que es falta de patriotismo ocuparse en escribir sobre asuntos ajenos a la guerra.”

Mientras los habitantes aún no salían de su asombro frente a lo que venía ocurriendo, los diarios y revistas nacionales, que tanto habían hecho por las asociaciones y las veladas literarias durante las últimas dos décadas, iban desapareciendo. *El Comercio* fue clausurado por Piérola en enero de 1880; como consecuencia de la falta de papel derivada del bloqueo al Callao, en los meses siguientes suspenden su aparición *El Nacional*, *La Patria* y *La Opinión Libre*; el diario oficial *El Peruano* subsiste hasta diciembre de 1880. Y durante la ocupación, cumplen una discutible función informativa, bajo férrea censura, *La Actualidad* (1881), *La Situación* (1881-1882) y un *Diario Oficial* (1882-1883), además de un apócrifo *El Comercio* que circuló durante algún tiempo en el Callao (1881-1883).

4. Después de la Guerra del Pacífico

Pero ¿qué ocurre después de la firma del Tratado de Ancón? Una vez libre la capital, reaparecen con rapidez los antiguos diarios (*El Nacional*, 22 de octubre de 1883; *El Comercio*, 23 de octubre; *La Opinión Nacional*, 2 de noviembre; *El Peruano*, 5 de enero) y surgen algunos nuevos (*El Callao*, 2 de noviembre; *La Prensa Libre*, 2 de enero). Hacia fines de febrero, en momentos de ratificar los tratados de paz, ya circulaban en la capital 15 diarios.

Aunque cada uno desde su particular perspectiva, todos los diarios limeños colaboraban en la labor de restablecimiento de la normalidad de la vida peruana y, por ello, al poco tiempo los cronistas comienzan a recordar la labor que las asociaciones literarias habían desarrollado en los años anteriores a la guerra y a promover su reanudación.

4.1. El *Club Literario*, nuevamente

Los esfuerzos por reanimar el *Club*, que se inician promovidos por el diario *El Nacional* y los semanarios *El Progreso* y *El Oasis*, no produjeron el fruto esperado. Los antiguos socios no hacían público su interés y se llega a extremo tal que *El Progreso* se pregunta si el “*Club Literario: ¿existe o no existe?*” Pero, aunque en forma desordenada, el *Club* logra reiniciar sus sesiones con un carácter preliminar, renovar su junta directiva, ofrecer su primera función literario-musical (25 de enero de 1885) y reiniciar formalmente sus actividades el 1º de agosto de 1885 con una fiesta literaria en la que participan Palma, González Prada, José Antonio de Lavalle, Domingo de Vivero y Ricardo Heredia.

Durante los primeros meses de su nueva vida, la institución, cuyo objetivo inicial había estado centrado alrededor de la literatura, comienza a derivar hacia temas que conformaban un espectro bastante más amplio, lo que confería al *Club* un horizonte mayor, aunque esa apertura no lo incorporaba al cambio que, en los años de la post guerra, era lo que en el Perú todos deseaban. Sin embargo, ya se advertía que ingresaba a un lento proceso de reorientación de su posición primitiva:

“En el *Club Literario* no solo se consagraban sus socios al cultivo de la literatura clásica, sino también al cultivo de graves problemas que sobre finanzas, diplomacia y estadística se han combatido en la prensa o en la tribuna parlamentaria.”

Y con ese prestigio llega el renacido *Club Literario* a la sesión del 11 de noviembre de 1885 en que acuerda modificar su nombre con el propósito de pasar a ser el *Ateneo de Lima*.

4.2. El *Ateneo de Lima* (1885)

La primera Junta Directiva del *Ateneo de Lima* estuvo presidida por Eugenio Larrabure y Unánue y llevaba como vicepresidentes a Ricardo Rossel y Manuel González Prada. Desde su constitución, el *Ateneo de Lima* fue bastante activo. No llevaba tres meses de establecido cuando aparece el primer número de *El Ateneo de Lima*, publicación mensual de alrededor de 40 páginas, que se presenta al público en términos curiosos:

“El antiguo “Club Literario”, en sus tres folletos de Anales, reúne parte de sus trabajos; pero “El Ateneo de Lima”, habiendo ensanchado su esfera de acción, juzga ya insuficiente la forma de anales y funda hoy una publicación a estilo de las llamadas *revistas*. [...] Esta publicación pretende ser útil y práctica, sirviendo no solo al literato, sino al estadista, al comerciante, al minero, al agricultor, etc.”

La presentación que hace el *Ateneo* de su revista es un anuncio de que en el Perú estaban ocurriendo cambios importantes, que la reciente derrota habría de dejar su dramática huella en la institución y que el país tenía un interés especial por modernizarse:

“Órgano de una Sociedad libre y tolerante, ésta nueva publicación no profesa ni el exclusivismo estrecho de una secta, ni somete las opiniones al mezquino cartabón de un partido, ni sacrifica los intereses nacionales al provecho de reducidas y absorbentes agrupaciones. Todas las ideas, avanzadas o retrógradas, hallan cabida en sus columnas, con tal de respetar la cultura del lenguaje, no ofender el decoro público ni herir cobardemente al adversario. En las luchas de la inteligencia hay también el combate leal de la espada y los ataques alevosos del puñal. El periódico será, como la Institución que representa, siempre un certamen de ideas, nunca la encrucijada de pendencias desleales.

La tolerancia es signo de elevación en el espíritu: desde las cumbres de la inteligencia se mira todo con desinterés, se juzga todo con

imparcialidad, sin escuchar el rumor de las controversias pueriles ni el grito de las disputas personales.”

Desde un primer momento, el *Ateneo de Lima* aparece como una institución importante que influye en la cultura peruana de aquellos años. Convoca concursos de carácter literario, promueve certámenes para textos escolares y otros asuntos más prácticos, organiza conferencias sobre temas diversos y muestra una encomiable preocupación por la verdad histórica en momentos en que aún quedaban por dilucidar muchos temas del pasado nacional. Sin duda, el *Ateneo* pecó por un exceso de prudencia pues, en alguna ocasión, en medio de la burla de *La Revista Social*, suspende una conferencia por estimar que comprometía a la institución. Decisiones como aquella, la marcada preocupación por el rigor de los trabajos preparados para sus veladas o su revista y la progresiva evolución del *Ateneo* hacia temas en verdad interesantes pero carentes de actualidad política en una época abrumadoramente politizada, condujo a los jóvenes de entonces a considerarla como una institución conservadora y a descargar cada vez con más fuerza sus ataques contra ella. En esta labor cupo un papel importante al *Círculo Literario*, como se verá más adelante. *El Ateneo* continuó publicando su revista hasta 1906 y, según indica Luis Alberto Sánchez, mantuvo hasta 1943 el salón que en 1885 le había asignado Palma en la Biblioteca Nacional al *Club Literario*, aunque ese dato debería ser materia de alguna precisión adicional.

El *Ateneo* publicó durante dos décadas, con una interrupción allá por los años '90, la revista *El Ateneo de Lima* que fue, tal como lo había sido en todo momento la institución de la cual dependía, una publicación de verdadera calidad: desde su primer número, en que aparece la famosa *Conferencia* con que González Prada inaugura *Páginas Libres*, en todos aparecen artículos de jerarquía, tradiciones de Palma, Lavalle, Matto de Turner o Cabello de Carbonera, poemas de autores nacionales y extranjeros, comentarios bibliográficos, anuncios de veladas o conferencias, convocatorias a concursos. *El Ateneo de Lima* circula regularmente hasta el año 1906 y completa sus números de aquel año con artículos de Unamuno, Cejador, Francisco García Calderón Rey, etc. En momentos en que se elabore una historia completa del

periodismo cultural en el Perú, *El Ateneo de Lima* ocupará un lugar de extrema importancia.

4.3. El *Círculo Literario* (1886)

El *Círculo Literario* está estrechamente vinculado con *La Revista Social*, semanario fundado en abril de 1885, que inicia sus tres años y medio de vida con fuertes ataques contra el régimen del general Iglesias, lo que obtiene para él la adhesión de muchos de los disconformes con su gobierno. Cuando *La Revista...* llevaba dieciocho meses de exitosa circulación, surge entre sus allegados la idea de formalizar al grupo para que pudiera constituirse en la alternativa juvenil y rebelde contra el conservador *Ateneo*. Así, el *Círculo Literario* se funda en octubre de 1886 en casa de Luis E. Márquez, a quien se atribuye haber encabezado, antes de la guerra, la ya mencionada *Bohemia Literaria*. Si se acepta la relación entre la *Bohemia Literaria*, el *Círculo Literario* y el futuro *Partido Unión Nacional* que habrá de suceder al *Círculo*, estaríamos frente a una cadena de instituciones similar a la constituida por la *Sociedad de Amantes de las Letras*, el *Club Literario* y el *Ateneo de Lima*.

El primer presidente del *Círculo* fue Márquez; a partir de 1887 asume la presidencia Manuel González Prada, cuyo radicalismo se pone de manifiesto cuando anuncia lo que habría de ser su trabajo en el *Círculo*:

“En oposición a los políticos que nos cubrieron de vergüenza i oprobio se levantan los literatos que prometen lustre y nombradía. Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma. [...] La nación debería regocijarse al ver que jóvenes predominan en las filas del *Círculo Literario*: una juventud que produce obras de arte es una Primavera que florece.”

Pero ni *La Revista Social* ni el *Círculo Literario* logran sobrevivir por mucho tiempo: la *Revista*, que era financiada parcialmente por José Antonio Felices, concluye con el año '88 y el 1° de enero de 1889 se ve reemplazada por *El Radical*, que solo logra publicar 8 números; el 16 de

mayo de 1891 el *Círculo Literario* se transforma en el *Partido Unión Nacional* grupo que, pese a contar con un ideario coherente, desaparece con rapidez del horizonte de los partidos políticos peruanos pues la generación ya carecía de liderazgo tanto como consecuencia de la temprana muerte de Márquez en 1888 y la sorpresiva partida de González Prada (quien a los quince días de haber fundado el partido, parte rumbo a Europa en un inexplicable y largo viaje de siete años), cuanto por haberse desintegrado parcialmente el grupo fundador del *Círculo* como consecuencia de su radicalización, dejando libre el camino para que el *Ateneo de Lima* pudiera convertirse en la única institución literaria de la capital, excepción hecha, por supuesto, con la recién constituida *Academia Peruana correspondiente de la Real Academia Española*.

La época de apogeo del *Círculo* se ubica entre 1886 y 1888; esos años, llenos de un entusiasmo juvenil que no puede separarse de la política, están caracterizados por la frecuencia con que organiza veladas literarias, por el ensañamiento con que ataca a el *Ateneo* -y entre sus asociados a Palma- y por la imposibilidad de separar al *Círculo* de la figura de González Prada que es quien le infunde el radicalismo que a la postre conduce a su desaparición.

La influencia del *Círculo* dentro del desarrollo de la literatura peruana de aquellos años es mayor que la que en su tiempo tuvieron la *Sociedad de Amigos de las Letras* y el *Club Literario* y la que por entonces tenía el *Ateneo*. Aunque solo dos de las grandes piezas oratorias de González Prada se prepararon para las veladas propias del *Círculo*, las alocuciones recogidas en *Páginas Libres* (en especial la *Conferencia en el Ateneo de Lima*, el *Discurso en el Teatro Olimpo* y el *Discurso en el Politeama*) parecen conformar una unidad para ofrecer la imagen auténtica del revanchismo que en forma creciente invadía el Perú: si bien el primero de los textos corresponde a los años en que Prada integraba el remozado *Club Literario* y el *Círculo* ni siquiera había sido imaginado, es indudable que estuvo pensado por su autor desde la óptica del aún nonato *Círculo* y no de la del *Club*. No otra cosa puede pensarse después de una lectura de las páginas que dedica a combatir la imitación y la frivolidad y en las que concluye invitándonos a recordar "...que fuera de la Naturaleza no hai más que simbolismos

ilusorios, fantasías mitológicas, desvanecimientos metafísicos,” lo cual es el colmo del positivismo, y en cuyo último párrafo arenga a la juventud con una frase soliviantadora:

“No creamos en jenios mudos ni en modestias sobrehumanas: *quien no alza la voz en el certamen del Siglo, es porque nada tiene que decir.*” (El subrayado es nuestro).

El *Discurso* en el Teatro Olimpo tiene un tono similar. Pareciera que, para usar sus propios términos, González Prada decide cruzar el Rubicón y la emprende contra Palma y los suyos:

[Aquí] “Contamos con bonitas composiciones en verso, pero no podemos citar un gran poeta; poseemos bonitos i hasta buenos artículos en prosa, pero carecemos de un gran prosador. [...] Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos y luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala tradición, ese monstruo enjendrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia y la caricatura microscópica de la novela.”

El éxito del *Círculo Literario* deriva de la capacidad que tuvieron sus dirigentes para atraer escritores y periodistas jóvenes. Mientras el *Ateneo* reunía a los pocos sobrevivientes del romanticismo —que lo lideraban— y a algunos de la generación siguiente (la Generación Ecléctica) el *Círculo* reunía a los jóvenes que habían luchado efectivamente en la Guerra del Pacífico, a aquellos que no admitían cesión territorial en la paz con Chile, a quienes consideraban traidor al general Iglesias, a quienes nunca habían integrado el *Club Literario* ni formaban parte del *Ateneo*. En realidad, el problema literario se planteaba en términos generacionales y mientras el *Círculo* pudo mantenerse dentro del ámbito de lo preferentemente literario no hubo escritor ni periodista joven que no simpatizara con él. Pero, por último, al mencionar las causas del éxito del *Círculo* no es posible prescindir del atractivo que para los jóvenes tuvo la prédica de González Prada. Frases como “rompamos el pacto infame i tácito de hablar a media voz”, “...vuestros antepasados bebieron el

vino generoso y dejaron las heces”, “...los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”, que pertenecen a esos años, encandilaron a los jóvenes de aquella época, y continuaron haciéndolo con jóvenes y no tan jóvenes de muchas de las décadas posteriores.

El *Círculo Literario* tuvo un rápido éxito ya que favoreció que su vocero, *La Revista Social*, se abriera a los jóvenes. Su éxito no está relacionado tanto porque en sus veladas y en su revista se prefiriera lo moderno a lo antiguo, ni porque las traducciones que ofrecía provinieran de los textos originales en alemán y no de versiones francesas de las mismas, sino porque en sus reuniones no se formulaban simples comentarios sino agudas críticas a la sociedad. Es posible llegar al extremo de afirmar que su éxito derivó de que en cierto modo predicó la violencia en momentos en que la mayoría del país, presa de desconcierto, clamaba por soluciones violentas para los problemas nacionales que durante más de medio siglo no solo no habían podido resolverse sino que ni siquiera habían podido ser identificados. Pero el *Círculo* no olvidó lo rigurosamente literario, que cada día quedaba más postergado, y dentro de ese ámbito descarga también su violencia:

“Nuestros teatros están desiertos: nada ni nadie los levanta; y ésto, que debe preocupar a los escritores peruanos, pasa tan desapercibido para ellos como la cosa más natural del mundo.”

Y continúa: “nadie fue a ver a Echegaray en el Olimpo, pero si a los toros; la gente no va a conferencias y los periódicos no las comentan: van a fiestas”. Y cuando aflora el antagonismo generacional, ataca sin temor:

“La literatura nacional continúa momificándose. [...] Cuanto a los literatos del *Ateneo*, poca cosa tenemos que decir. Evolucionistas por sistema y principios, fueron *parásitos* en los tiempos primitivos de su formación, es decir, vivieron pegados a las viejas tradiciones; después fueron *moluscos* que giraron entre una órbita muy reducida, y, por último, hoy son *garrapatas* que quieren volver gacha la literatura nacional. Consérvelos el cielo para que las generaciones venideras estudien en el cerebro de esas momias literarias la petrificación de las letras.”

Por todo lo expuesto, es fácil entender el éxito del *Círculo* y la eminente posición en la cual por un momento logró ubicarse, que deriva de la importancia que tuvo dentro del desarrollo de nuestra literatura durante el lustro posterior a la Guerra del Pacífico. No puede olvidarse, finalmente, que eran los años en que en nuestra literatura se acentuaba la influencia francesa en detrimento de la española y en los cuales se avizoraba el triunfo de la novela realista y naturalista; en que se vislumbraban los primeros destellos del Simbolismo y, más aún, en que se daba la bienvenida al triunfante Modernismo de Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera y José Martí.

4.4. La Academia Peruana de la Lengua (1887)

El 30 de agosto de 1887 se fundó en Lima la *Academia Peruana correspondiente de la Real Española de la Lengua en el Perú* y ello que nos permite encontrar un hito para terminar el recuento de sociedades y asociaciones literarias del siglo XIX, pese a que estas reflexiones podrían continuar si recordáramos cuando menos a las contemporáneas *Sociedad Amantes de la Ilustración* (1890), *Sociedad Literaria Enrique Alvarado* (1891) y *Sociedad Literaria Pablo de Olavide* (1892), prácticamente inexistentes, y a otras de verdadera importancia como las veladas de doña Clorinda Matto de Turner.

5. Recapitulación

La enumeración de asociaciones literarias y la mención a veladas ha sido larga y posiblemente tediosa. La relación podría continuar pues casi al mismo tiempo en que desaparece el *Círculo* otras, como se ha indicado, ya tenían vida propia y Clorinda Matto de Turner abría las puertas de su casa a sus famosas veladas, cuya importancia no es menor que las de la Gorriti. Sin embargo, quedan varios puntos por aclarar ahora con respecto a las asociaciones o sociedades literarias y a las veladas literarias de la segunda mitad del siglo XIX peruano.

En primer lugar, cabe señalar que hasta la fecha nadie se ha animado a preparar un estudio exhaustivo sobre alguna de ellas. La revisión cronológica que ahora hemos presentado anuncia que hay mucho más material susceptible de ser analizado, aunque esa labor tropezará con dificultades en algunos casos insalvables derivadas de la falta de bibliografía y de testimonios y, en buena parte, del limitado acervo hemerográfico de la Biblioteca Nacional del Perú y de otras importantes hemerotecas universitarias. Eso obliga a deplorar que en buena parte de las historias de la literatura peruana se consigne alegremente información sobre sociedades o asociaciones que, por haberse elaborado sin haber recurrido a las fuentes originales, resulta incompleta, parcial y sesgada. Esto deriva de que, casi siempre, se repite lo dicho antes por otros autores que es posible que tampoco hayan recurrido a fuentes de mérito suficiente.

En segundo lugar, lo que me he permitido exponer en esta ocasión muestra cuan importante sería elaborar, cuando menos, una lista completa de las sociedades o asociaciones literarias con el propósito de determinar si algunas de ellas tuvieron una influencia efectiva en el desarrollo de la literatura peruana de aquellos años y, en caso afirmativo, ponderar la importancia de aquellas que puedan considerarse rescatables. Mientras ello no ocurra, no hay forma de manejar adecuadamente la información con la cual hoy se cuenta ni dar al asunto el tratamiento riguroso que merece.

Algo similar cabe indicar a propósito de las veladas literarias. Estoy seguro que después de haber escuchado la descripción de Abelardo Gamarra de las reuniones convocadas por Juana Manuela Gorriti, mujer tan ajena a los convencionalismos de la época, a muchos de los aquí presentes les hubiera gustado haber podido participar siquiera en algunas, pero es posible que los interesados se hubieran desilusionado si, en su lugar, hubieran estado presentes en las que diez años después habría de convocar la circunspecta y politizada Clorinda Matto de Turner. Ambas diferían sustancialmente, de acuerdo con los testimonios de Gamarra y Angélica Palma que hemos aducido. Un análisis cabal de las veladas, aún pendiente de realizar, nos permitiría determinar si, en nuestro país, ellas corresponden al ámbito de la literatura, de la cultura o de la página social.

La revisión de las sociedades literarias nos permite sostener, como hipótesis de trabajo, que en todo momento los literatos residentes en Lima se polarizan entre dos tendencias que, para simplificar, habremos de llamar liberal y conservadora, enunciado que, por otra parte, no constituye novedad alguna. La tendencia liberal atrae a los escritores jóvenes y promueve su radicalización como consecuencia de lo vistosos que pueden ser sus planteamientos; por ello, no es extraño que las sociedades de tendencia liberal deriven hacia posiciones políticas partidarias, lo que atenta contra su propia supervivencia. Las sociedades de tendencia conservadora carecen del oropel de la liberal, pero en cambio suelen gozar de una estabilidad sustancialmente mayor puesto que pueden mantenerse al margen de cualquier alteración política y de las consecuencias que de ella deriven. Pero muchas veces, dentro de las mismas instituciones, lo que existe es un aún no estudiado antagonismo generacional que sería interesante analizar.

Se puede hallar un buen ejemplo de esto último contrastando dos textos de mediados de la década de 1880. Diría González Prada en su *Discurso* en el Palacio de la Exposición el 30 de enero de 1886: "...me veo desde hoy a la cabeza de una agrupación destinada a convertirse en el partido radical de nuestra literatura." Y Palma, al año siguiente, en el *Discurso de orden* pronunciado con motivo de la inauguración de la Academia, parece que intentaba una respuesta cuando proclama "No es cierto, señores, que las Academias sean cuerpos esencialmente conservadores."

o o o

Hoy he tratado, una vez más, de llamar la atención de los interesados en el estudio de la literatura peruana sobre el abandono en que se encuentran los que corresponden al siglo XIX. Una revisión de los correspondientes a aquella época permitiría advertir que, en realidad, buena parte de la historia de la literatura de nuestra penúltima centuria proviene de intuiciones cuya comprobación ofrece serias dificultades, de violentos pronunciamientos que provienen de la exaltación nacional surgida después de la Guerra del Pacífico, y de la repetición de las opiniones

de quienes nos anticiparon en el estudio de la literatura decimonónica que, debido a un temor reverencial, casi nadie se atreve a contradecir.

Recientemente, un ilustre miembro de esta corporación decía que “...en el Perú, prácticamente todo está por estudiar. Todo tiene historia y todo tiene su explicación”. Y es en estrecha relación con la historia como se debe estudiar la historia de la literatura peruana. Dejemos la pasión para el goce estético que la creación literaria demanda y busquemos con objetividad las explicaciones que cada fenómeno cultural exige. La situación es compleja en el ámbito de lo literario puesto que no siempre es posible aludir hechos aislados, ya que importancia similar tienen antecedentes e influencias. Por ello, cada día es más urgente la reelaboración de la historia de la literatura peruana del siglo XIX, y que ella se efectúe con rigor luego de haberse remontado a los textos primitivos. Y solo así, de una centuria, a la cual el destino y —por qué no decirlo— la falta de prudencia de buena parte de los actores sociales, condujo al descrédito más absoluto, será posible disponer de una visión cabal.

Muchas gracias.